

Gran consuelo de españoles,
Viva en el mundo tu espada,
Para que con ella triunfes
Contra herejes y piratas,
Por defensor de la fe
Y nuestra Iglesia romana!
Tiemblen todas las naciones
Al rigor de vuestra fama.
¡Oh queridos españoles!
Decid todos á sus plantas:
¡Viva, viva eternamente
El gran monarca de España!
Y queda de Don Rodolfo
Su historia finalizada.
Y aquí Juan Antonio Lopez,
Que es el autor de esta plaua,
A los oyentes suplica.
Que le perdonen las faltas.

(Don Rodolfo de Pedrajas, Pliego suelto.)

4 En recompensa sin duda del atropello que cometió libertando de la horca al reo que á ella conducían, de cuya inocencia no había mas pruebas que el dicho de su mujer y su hija, en virtud de lo cual mató al escribano de la causa y puso al reo en sagrado. Tal rabia tenía entonces el vulgo con los ministros de justicia, que no es extraño que sus poetas inventasen que el Rey podía muy bien conceder á Don Rodolfo el privilegio de libertar de la muerte á los reos que se acogiesen á él y á quienes cubriese con su capa.

1342.

BERNARDO DEL MONTIJO.

(Anónimo.)

Escuchadme, jaquetones
Que sois de la vida airada,
Un caso que ha sucedido
Con un mancebo del hampa:
Es Bernardo del Montijo,
Que solo ser de allí basta
Para ser rayo y asombro
De la nación lusitana.
Apénas su tierna edad
A diez y ocho llegaba,
Cuando á un alcalde en su tierra
Mató con bastante causa¹;
Y viéndose perseguido
Por una acción tan bizarra,
Se partió á la Andalucía,
Adonde midió su espada
Con los jaques mas valientes
Que cantan jacarandainas.
En la campaña de Utrera
Hizo el mozo su habitanza,
Donde cobró mil amigos
Y leales camaradas,
Bien querido de los rufos,
Y aplaudido de las majas.
Allí trabó una pendencia
Por una mujer mundana,
Con un rufian amigo;
Le desafió á campaña,
Pero le envió al infierno
A las primeras levadas;
Que es un leon en reñir,
En pelear un Carranza.
Por la muerte de este jaque,
Muchos rufos le amenazan,
Diciendo que si le cogen
Le tienen de hacer tajadas.
Por evitar ocasiones,
Se afuó y corrió la rauta,
Y dió con su cuerpo un vuelco
En esta villa de Zafra.
Y no había siete dias
Que en ella se paseaba,
Cuando de él se enamoró
Una muy hermosa dama.
El se llamaba Bernardo

Y ella Bernarda se llama,
Que es hija de un mercader
Poderoso y de gran fama.
El padre, de que lo supo,
La tratado de casarla
Con un mozo muy valiente,
Que es de Córdoba la llana:
Es capitán de caballos,
Y muy temido en la raya.
Ella dice que no quiere,
Porque es muy niña y muchacha,
Y viendo que es de por fuerza,
A Bernardo envía una carta:
Lo que en ella le decía
Lo diré en breves palabras.
«Sácame de aquí, Bernardo,
»Porque por fuerza me casan;
»Si no me sacas de aquí
»En esta noche ó mañana,
»Me he de ir por esos mundos
»Como una mujer mundana,
»Porque el casarme por fuerza
»Hallo que es cosa pesada.»
Ya se encasqueta el sombrero,
Ya le da un tiento á la espada,
Ya determina ir solo;
Pero á dos amigos llama,
Que son fuertes extremeños,
Y leales camaradas.
Díceles:—Sabréis, amigos,
Que tengo el alma entregada
A la mas hermosa niña
Que en esta villa se halla;
Si queréis acompañarme,
Esta noche he de sacarla.—
El mayor de ellos responde:
—Amigo, aquí está mi espada,
Que el perderla por amigos,
La doy por bien empleada.—
El mas chico también dijo
Que en su favor se declara:
—Aguardemos á la noche,
Que es de pecadores capa,
Y luego rómpanse Troya
Que aquí traigo mi tarama,
Que con un reino se atreve:
¡Mucho he dicho, pero vaya!
Pónense ricos coletos
Y fuertes cotas de malla,
Tres tonantes cada uno
Apercibidos con balas.
Entraron por una calle,
La vieron muy adornada
Toda llena de invenciones
Cohetes y luminarias.
Preguntan:—¿Por quién es esto?
—Es por la bella Bernarda,
Que esta noche la desposan.
Y á la mañana la casan.—
Vieron venir á cenar
Muchos galanes y damas:
Al lado del desposado
Iba la bella Bernarda.
Quisieron entrar á verla,
Y les impiden la entrada;
Ellos ya muy enfadados,
Dejando caer las capas,
Enderezaron con todo:
¡Aquí fué el juego de cañas!
Desembarazan las mesas,
Las echan por las ventanas;
Las mujeres daban voces
Que toquen al arma, al arma,
Porque el feroz enemigo
Está en la villa de Zafra.
Luego acudió la justicia,
Pero no la respetaban:
Que es lo mismo echarles hombres,
Que guiadas á la Tarasca.

Mataron seis alguaciles;
¡Válgame Dios, qué desgracia!
Al señor Corregidor
Le dieron seis estocadas,
Y con una carabina
Le chamuscaron las barbas;
Mataron al desposado
Y á un capitán de la guardia;
Tanto hicieron, que tocaron
A rebato las campanas;
Ellos se fuéron huyendo,
Y se llevaron la dama.
Allá en medio del camino
Fué su fortuna contraria;
El que los iba guiando
Les dice aquestas palabras:
—Amigos, perdidos somos,
Que está el lobo en la emboscada,
Porque el feroz enemigo
Nos ha de estorbar la entrada.—
Respondió el mayor, y dice
Con arrogancia sobrada:
—No temáis á todo el mundo
Mientras durare mi espada,
Que hay mas valor en mi pecho
Que arenas tiene la playa.—
Y preguntado ¿quién vive?
Respondió, que el rey de España,
Como lo veréis ahora,
Gente civil y canalla.
Galopean los caballos
La escaramuza formada;
Echan mas fuego de sí,
Que el castillo Caravaca:
Le mataron sus amigos,
Y él, como perro que rabia,
Al que no mata atropella,
Al que no atropella mata;
Al que adelante se pone,
De claro en claro le pasa.
Estando en esta refriega,
Vino furiosa una bala,
Le derribó del caballo.
Le dieron diez estocadas
Y le dejaron por muerto.
Vamos ahora á la dama,
Que se va por esos montes
Muy triste y desconsolada
Pisando las toscas breñas
Con sus delicadas plantas,
Y en altas voces diciendo:
—¡Adios, Bernardo del alma!
El capitán que la ha visto
Que era tan linda y muchacha,
Se la lleva á su mujer
Que le sirva de criada
Ahora vamos al mancebo:
Así herido como estaba,
Se fué á un pequeño lugar
Que le llaman la Solana,
Donde trató de curarse
Las heridas que llevaba;
Y de que sano se vido,
A Dios le rindió las gracias.
Allí estaba un capitán
Que Brazo-Fuerte le llaman;
El mancebo le contó
De su desdicha la causa:
—Sirvete, gran capitán,
Sirvete de darme plaza,
Que por el cielo te juro
Y por esta humilde espada,
Que he de seguir tus banderas
Hasta morir en campaña.—
Brazo-Fuerte, conociendo
Del mancebo la arrogancia,
Lo admitió en su compañía,
Toda de gente bizarra;
Solo con veinte caballos

Que son los que le acompañan.
Se pasean por Gurumeña,
Como por sus mismas casas;
No dejan gauado á vida
Que á Badajoz no lo traigan;
No dan cuartel á ninguno,
Que cuantos encuentran matan.
Dieron con el mismo tercio
De la refriega pasada;
No se escapó sino uno
En una yegua lozana,
Y sin conocer prendieron
A aquel que llevó la dama,
Y le llevan á Alburquerque,
Que es muy linda plaza de armas
Estando un día este tal
Contando cosas pasadas,
Dijo:—Prestadme atención,
Os contaré lo que pasa
—Sali con mi gente un día,
Para hacer una emboscada,
Con los rayos de la luna
Y resplandor de Diana;
Divisámos tres caballos,
Que a nosotros se abalanzan,
Los cuales fuéron bastantes
A romperme la vanguardia,
Lo que no hizo Oliveros,
Ni Bustamante, ni Lara,
En Telena y en Montijo,
A la vista de Estefara.
Maté los dos, quedó uno;
Y él, como perro que rabia,
Me mató treinta soldados,
Los mejores de mi escuadra.—
El mancebo, que ha entendido
De su enemigo la parla,
Le dice:—Gran capitán,
Dame cuenta de una dama
Que llevaste en esa empresa,
Que me tiene presa el alma.—
El capitán que le ha visto,
Que era por quien él hablaba,
Al cuello le echó los brazos,
Y fuertemente le abraza;
Dice:—¡Leon invencible
De la nación lusitana,
La dama os entregaré:—
Y en fin le entregó la dama.
Dieron cuenta de este caso
Al gran conde de Saldaña:
Fué su padrino de boda,
Y viendo tan noble hazaña,
Dió, favoreciendo al mozo,
Del Rey hermosa bengala.

(Bernardo del Montijo, Pliego suelto.)

1 Para el vulgo era bastante causa sin duda, el ser alcalde. Que extravió de razon tan duradero, pues aun al presente los del populacho, y aun otros que no lo son, tienen por gran hazaña insultar á los encargados de sostener las leyes y el orden público.

1343.

PEDRO CADENAS.

(Anónimo.)

Atencion, noble auditorio,
Todo el orbe se suspenda
Mientras mi lengua declara
La mas reñida pendencia
Que sucedió en Barcelona,
Del modo que aquí se cuenta,
Con cuatro nobles soldados
Del rey de España, que aumentan
Las voces de sus hazañas
Por España y fuera de ella;
Porque en diciendo españoles
Todas las naciones tiemblan,

Eran entre los marinos
Estos cuatro, hombres de prendas,
Y por ser de gran valor
Quiero que sus nombres sepan.
El primero y principal
Era Diego de Contreras,
Soldado diestro y temido
En castillos y fronteras;
El segundo es Cayetano
García, soldado que era
De todos muy respetado,
Hombre de valor y prendas;
El tercero Alfonso Tellez,
Cuyas hazañas y fuerzas
No me atrevo á enumerar;
El cuarto es Pedro Cadenas,
Que es alférez reformado,
Sargento vivo en galeras.
Vivia en esta ciudad
Una dama hermosa y bella,
Espejo de la hermosura,
Con quien trataba Cadenas.
Solicitábala á tiempo
Que de España las galeras
Llegan á sus fuertes muros,
Donde saltaron en tierra
Soldados, bravos mancebos,
Respetados donde quiera,
Entre ellos Alfonso Tellez
Y el dicho Diego Contreras.
Paseando alegremente
De Barcelona las puertas,
Vieron esta hermosa dama,
Y sabiendo es de Cadenas,
Bien pudieron excusarlo
Y no meterse con ella.
Alfonso, con mil requiebros,
Ha empezado á enternecerla;
La dama con gran despejo
Le ha dicho de esta manera:
—Váyase muy noramala
A pretender á su tierra,
Y no venga á enamorar
Las damas barcelonesas.
;Mire que no ha de faltar
Quien le rompa la cabeza!—
Alfonso desto enfadado,
Con una risa compuesta,
Alzó la mano y la dió
Un bofetón á la hembra,
Que la deshizo la cara;
La boca, dientes y muelas
En sangre se las hañó
Diciendo: —Dile á Cadenas,
Que salga á tomar venganza,
Que Alfonso Tellez le espera.—
Se salieron paseando
Muy poco á poco y sin pena,
Al tiempo que Cayetano
Llegó con Pedro Cadenas
A la puerta de su dama.
Viéndola de esta manera,
Dice: —¿Quién es el aleve
Que ha ofendido tu belleza,
Sabiendo que yo estoy vivo
Y que corres de mi cuenta?
Que le quitaré la vida
Con esta espada sangrienta.—
Muy llorosa le responde:
—No serás, Pedro Cadenas,
Respetado en Barcelona,
Si aquesta infamia no vengas,
Y la mano que me ultraja
Cortada no me presentas,
Pues de esta suerte me han puesto
Dos soldados de galera;
El uno es Alfonso Tellez,
Y me dijo que salieras.—
De que oyen estas razones,

Como dos serpientes fieras
Van á buscar sus contrarios
Por calles y callejuelas:
Junto á la puerta del Angel
Con ambos á dos se encuentran.
Cayetano que los vido
Echó mano á la siniestra,
Y Pedro le detenía,
Diciendo: —Vamos afuera,
Adonde no haya socorro
Sino que del cielo venga.—
Se salen de la ciudad
Poco mas de media legua
Por un excusado sitio;
Volvió la cara Cadenas,
Y en altas voces ha dicho:
—Aquí ha de ser la pendencia,
Donde será sepultado
O yo vengaré mi ofensa.—
Meten mano á las espadas
Con tal ira y saña fiera,
Que Cayetano García
Cerró con Diego Contreras,
Y Alfonso Tellez cerró
Con su contrario Cadenas.
Como son los agraviados
Se tiraban muy de véras,
Con gran ira y con ahinco,
Estocada: muy soberbias,
Sin reparar en las puntas,
A la que mas pronto llega.
Alfonso, como valiente,
Le ha dado á Pedro Cadenas
Tres furiosas estocadas
Que los pechos le atraviesan,
La púrpura derramando
Manchando la tosca arena:
Como se va desangrando
Y ve le faltan las fuerzas,
Con la espada y con la daga
Con su contrario se cierra;
Le ha tirado una estocada,
Que, sin que reparo hiciera,
Por el párpado de un ojo
Le entró la punta sangrienta,
Que el cerebro le pasó
La espada, mas de una tercia;
Alfonso cayó de espaldas
Difunto sobre la arena.
Cadenas muy mal herido
Sobre una peña se sienta,
Los ojos al cielo alza
Y á Dios llama muy de véras,
Le dice: —Pastor divino,
Yo soy la perdida oveja
Que se vuelve á tu rebaño;
Ea, Señor, recogedla.—
Con esto llegó la parca,
Corta el hilo que le alienta,
Espiró y partióse el alma
Al tribunal á dar cuenta.
Vamos á los otros dos
Que fuertemente pelean:
Cansados de combatir,
Ambos se pidieron treguas.
Para descansar un rato,
Se sientan sobre dos piedras;
Ya se mira el uno al otro,
Y así habló Diego Contreras:
—Todo el mundo tengo andado,
Y he visto diversas tierras,
He tenido desafíos
Y peligrosas contiendas,
Y no he encontrado ninguno
Que á mi valor no obedezca;
Ambos estamos heridos,
Dejemos esta pendencia.—
Y Cayetano responde:
—Mi fama no lo consienta

¿Pues qué se dirá de mí
En el puerto y las galeras,
Si yo te dejo con vida
Habiendo muerto Cadenas?
Pues si en aquesta ocasion
Un Bernardo te volvieras,
Dos mil vidas te quitara
Con esta espada sangrienta.
—¡Muy presto te ha de pesar,
Le ha respondido Contreras!
Pues te muestras tan soberbio
En volver á la pelea!—
Ya otra vez toman las armas
Con tal brío y con tal fuerza,
Que renovaron en breve
La batalla, y tan sangrienta,
Que el sol no acierta á salir
A clarificar la tierra,
Por no ver estos leones
De la suerte que pelean.
Cayetano es muy valiente,
Pero le faltan las fuerzas;
Que tiene cinco estocadas
Y cortada una muñeca:
Retirando piés atrás.
Huyendo de la soberbia
De Contreras, que parece
Un bravo leon que sueltan,
Tropézó y cayó de espaldas,
Y dice de esta manera:
—Pues que con paz me rogaste
Razon es que te obedezca.
—Ya no es tiempo, —respondió
Muy encendido Contreras;
Y con fuerza muy rabiosa
Le dió la muerte violenta.
Y de que se vido solo,
Y la noche que le cerca
Tendiendo su negro manto,
A la ciudad dió la vuelta.
Se fué á casa de la dama,
Y dice desta manera:
—Traidora, pues fuiste causa
De estas desgracias, la pena
Has de pagar con tu vida,
Para que escarmiento sea.—
La arrastra de los cabellos
Y la cortó la cabeza.
Revolcándose en su sangre,
Yéndose de allí, la deja.
Retrajóse en un convento,
Y un hermano de Cadenas
Juró de tomar venganza,
Y haciendo las diligencias
Supo en qué paraje estaba;
Y rondando con cautela
Y con dañada intencion,
Viéndole entrar en la iglesia
Le tiró un carabinazo,
Cayó boca abajo en tierra:
Pidiendo está confesion;
Mas fué vana diligencia.
El delincuente se huyó,
Pero poco le aprovecha;
Que lo cercan y lo cogen
Y á la cárcel se lo llevan.
Dieron cuenta al General,
Y manda su Excelencia
Que lo lleven y lo amarran
A cuatro fuertes galeras,
Que sus carnes despedacen
Para que escarmiento tengan.
Ya le sacan de la cárcel,
Lo llevan á las galeras;
Todas cuatro están en cruz,
Ya lo amarran con violencia,
Y á la voz de un ronco pito
Alzan áncoras y velas,
Con que quedó aquel cadáver

Dividido en cuatro piezas.
Dios les perdone sus almas
Y nos perdone las nuestras
Cuando de este mundo váyamos
A gozar la vida eterna,
Y nos libre de mujeres,
Porque estas todo lo enredan;
Que no hay desdicha ninguna
Que por mujeres no venga.
Alerta, alerta, mujeres,
Disponéos á la cunienda,
Que una mujer fué la causa
Que su galán se perdiera,
Y juntamente con él
Cuatro hombres de nobles prendas.
Escarmentad, valentones,
No vivais á rienda suelta,
No mireis á la mujer,
Que es engañosa culebra
Que con su veneno mata
Aquesta frágil materia.
Y así temamos á Dios
Y á la Virgen madre nuestra,
Porque despues de esta vida
Gocemos su gloria eterna.

(Pedro Cadenas, etc. Pliego suelto.)

He aquí el último y quizá el ménos inmoral de los romances que en esta seccion de los de Guapezas y desafueros insertamos. Todos ellos son el ejemplo vivo de los extravíos de la razon, privada de ejercitarse por el vulgo en asuntos verdaderamente nobles: todos ellos aparecen como el desagadero que tomó el pueblo para vengarse y reirse de la autoridad despótica que le privaba de otros medios de desahogo. Estéril entonces la nacion de verdaderos héroes, el vulgo, cuyo ardiente espíritu los buscaba en vano, fué á hallarlos entre los bandidos y facinerosos, de él procedentes, y en quienes veía la audacia que admiraba en su corazon, y la independencia de que carecía. El contrabandista, el ladrón, el asesino, que rompía con la sociedad, rompía también con la autoridad sierva del poder, y cuando se burlaba y asesinaba á puñaladas ó á trabucazos á los agentes del gobierno, el vulgo se consideraba vengado, y cantaba tan inmorales hechos como triunfos obtenidos contra un enemigo. La anarquía activa de los siglos anteriores había desaparecido, ó por mejor decir, refugiándose entre pocos hombres arrestados á todo; mas los medios de represion que para ello se necesitaron continuaban aun, y oprimían ominosamente, no ya el abuso de la libertad, sino sus mas sagrados derechos. De aquí el odio contra el poder, de aquí la manifestacion instintiva, mas que pensada, contra la autoridad, que si no era ultrajada directamente por los poetas vulgares, se veía indirectamente deprimida tirándola al rostro los elogios de los malhechores que la desafiaban y la castigaban. ¿Como, si no, puede explicarse el vértigo que sobrecogió todas las cabezas, y que se hallasen solos y aislados el gobierno y sus agentes contra los malhechores que hollaban las leyes, que resistian la tropa, que asesinaban los ministros de justicia? Tales desafueros no solo eran tolerados, sino admirados por el vulgo; y aun fuera del vulgo, en las clases medias, entre los grandes, en la Iglesia misma, hallaban protectores contra la justicia real. En las casas particulares, en los palacios, en los templos mismos encontraban asilo, defensa y simpatías los ladrones valientes y arrojados, como si fuesen héroes, ó que para serlo no les faltase otra cosa que ocasiones nobles en que emplear su valor. Así se observa en estos romances que muchas veces un hombre despedido y en guerra contra el poder publico, obtenia honores, grados militares y hasta hábitos y encomiendas. Desde la última década del siglo xvi, hasta pocos años hace, no eran ya los héroes del pueblo, ni los Bernardos, ni los Cides, ni los Pulgares, ni los Garcilasos, ni los Céspedes, ni los Paredes; porque su pueblo estaba muerto ó trasformado en vulgo, y este había sustituido á aquellos, los guapos Francisco Esteban, los Correas, los Merinos, los Salinas, los Pedrajas, los Montijos, y á ménos mal ir, los Cadenas. A la verdad que nosotros mismos, condenándoles, no sabemos todavía decidir si merecieran el nombre de héroes, á nacer en tiempo de guerras civiles ó populares. Acordámonos tal vez de la respuesta que á Alejandro dió el pirata cautivo. Y si bien consideramos estas cosas, ¿no pudiera decirse que nuestros contrabandistas y ladrones son la degeneracion del espíritu caballeresco de la nacion que tanto apreciaba el valor individual, que tanto recordaba su espíritu de independencia? Pero cómo en otras naciones los poetas no celebraron esta clase de hombres desalmados? Atribuímoslo á que en ellas no han existido aquellos que individualmente ó en corto número se han atrevido á arrojar su guante á la frente del poder. En otras partes han existido condottieros ó jefes de bandas, ó si no, rateros y asesinos miserables y cobardes; mas no los Corrientes, los Jaimes, ni los

Jose-Marias. Pero en desquite, si hemos celebrado los hechos de tales facinerosos, fuera de aqui es donde han nacido los sistemas que tratan de erigir como principio doctrinal, que la sociedad en masa, y no los hombres, es culpable de semejantes excesos. Nosotros los hemos admirado, y nunca justificado; pero al fin hemos dado motivo á que el famoso Schiller pusiese en escena y enalteciese los desaforados de un bandido, colorándole en situaciones que le justifican sus atropellos. Estos son quizá los primeros escalones por donde el comunismo y el socialismo han llegado á formar las doctrinas mas absurdas y sofisticas, que no por ser tan victoriosas dejan de producir males sin cuento, y de ser en último resultado mas enemigas de la libertad que el despotismo mas atroz, el cual, aunque obre sobre las individualidades, no las destruye ni sujeta en masa á un sistema, que puede llamarse de esclavitud general, y de supresion ó anquilamiento de las facultades intelectuales.

A pesar de los vicios é inmoralidad de los romances de *Guapezas*, tienen todavia el mérito de continuar la verdadera poesia popular en toda su franqueza, candor, inartificio y sencillez en su espíritu y en sus formas, ya que no siempre en su estilo, que es á veces afectado y lleno de reminiscencias é imágenes buscadas y artificias. Lo mismo ellos que los viejos participan de los defectos de una improvisacion sencilla; se los ve llenos de ripios, tal vez de obscenidad y de desorden, de manera que los poetas se olvidan de los antecedentes, forman paréntesis interminables, su frase es embarazosa, y se los vé que sin preparacion alguna, el héroe del romance empieza la narracion, y sin saber cómo, el poeta la continúa. Sin embargo, como son la expresion genuina de los antiguos en sus formas, y con ellas se han conservado hasta nuestro tiempo, hemos insertado en este *Romanero* alguno que otro que pertenece al siglo pasado, y aun al presente.

SECCION DE ROMANCES VULGARES, QUE TRATAN DE CASOS Y FENÓMENOS RAROS Y MARAVILLOSOS.

1344.

LA ARPIA AMERICANA.

(Anónimo.)

¿Quién no se pasma y asombra
Al contemplar los portentos
Que la gran madre natura
Ha puesto en el universo?
Pasma ver al astro hermoso
Que ilumina el firmamento,
Animando cuanto existe
Con sus rayos y sus fuegos;
Pasma el ver la clara luna
Rodeada de luceros,
Que en la silenciosa noche
Alumbran el orbe entero;
Pasma el ver la inmensa mole
De nuestro habitado suelo,
Llena de tierras y mares,
Rios, lagunas y estrechos;
Pasma el ver árboles tantos,
Cuyos frutos son sustento
De ese número infinito
De vivientes elementos;
Pasma el ver las varias castas
De animales tan diversos,
Unos del aire habitantes,
Otros del agua ó del suelo;
Y pasma, por fin, el hombre
Coronado rey y dueño
De cuanto en el orbe vive,
Por la mano de Dios hecho.
Pero pasma sobre todo
Tantos monstruosos portentos
Que del orden natural
Dejan las leyes sin fuero.
Uno de ellos es la arpia,
Animal el mas sangriento
Que han abortado los mares,
Que los montes conocieron.
Es la arpia horrendo monstruo
Que ya Virgilio en su tiempo
Dejó en sus versos marcado
Por odioso, hediondo y fiero.
No hay monstruo, dice, mas malo
Que las arpías de Lemnos,
Ni peste que se compare
Con su mortífero aliento.
Cuanto tocan, emponzoñan
Cual si exhalasen veneno,
Y de sus uñas rapaces,
No se libra ni el mas diestro:
Ellas fueron las que un dia
Al piadoso aventurero
A Eneas hijo de Anquises,
Tan terrible susto dieron,

Pues dejándole en un soplo
Exánime y sin aliento,
De sus venideros males
La profecía le hicieron;
Ellas son las que acosadas
Por el valiente europeo
En el Africa y el Asia,
A la América se huyeron.
Allá cuentan los autores
Que han escrito sobre esto,
Su domicilio fijaron,
Su vivienda establecieron.
Allá en calidad de anfibios
Viven en bosques espesos
Inmediatos á lagunas
Infestando el elemento;
Allí en cordilleras anchas
Y en intincados desiertos,
Donde el hombre no ha llegado,
Tienen hediondo asiento;
Y desde allí derramadas
Corren con furor hambriento,
Ya en busca del cocodrilo,
Ya del caiman y el asfalto.
No hay fieras que las asusten,
Pues hasta el leon temiendo
Pierde á su vista el sentido
Y se horroriza á su aspecto.
Sus ojos encarnizados
Están respirando fuego,
Y con femineil semblante
Destilan asco y veneno.
Con su boca de dragon,
Sus dientes dobles y espesos
En dos hileras pobladas,
Reducen á polvo el hierro.
De color de carne humana
Tienen la cara y los pechos,
Y su anchurosa barriga
Prosigue del color mismo;
El pelo es castaño oscuro,
Y lo restante del cuerpo
De una fuertísima escama
Está del todo cubierto.
Tienen por bárbaro adorno
Alas de color de fuego,
Y con orejas de toro,
Tienen lo mismo los cuernos.
Cinco uñas en cada mano
Que muy bien llamar podemos
En lugar de manos, garras,
Por sus garfios y su esfuerzo.
Su cola en dos se divide,
Y cual sierpe ó dragon fiero,
Es cada una tortuosa,
Que se enrosca en su despecho.

Uno de esos animales,
Equivocando el sendero,
En vez de entrar en los bosques,
Mansion de su raza y sexo,
Hacia la parte habitada
Torció sin duda, y siguiendo
Paises desconocidos,
Dió en los montes Orfagueños.
Anduvo vagando errante
Ya por valles, ya por cerros,
Otras fieras destrozando
Haciéndolas su alimento,
Hasta que dando por fin
De una laguna en el centro,
Fijó en ella su morada,
En calor activo ardiendo.
Luego, desde allí impelida
Del hambre cruel al esfuerzo,
Las montañas recorria
Con ahinco carnicero.
Ni los leones se escapan,
Ni los tigres mas soberbios,
Ni cuanto animal furioso
Se halla en aquel hemisferio.
Luego, interunándose mas,
Llegó á descubrir los pueblos,
Y entonces la carne humana
Era todo su embeleso.
Ya cogia á un pobre anciano
Que iba limosna pidiendo;
Ya de un sencillo colono
Daba al punto fin fineste.
Hoy una jóven faltaba
Que salió á buscar su dueño;
Y del monstruo sorprendida
Fué pasto suyo al momento.
Otro dia tres soldados,
A pesar de sus pertrechos,
Su fusil y sus cartuchos,
Muertos por la arpia fueron.
Cuantos niños encontraba
Eran su alimento luego,
Pues con sus terribles garras
Trozos hacia sus cuerpos;
Y si los incautos padres
Los buscan, el monstruo fiero
Los acomete y les cabe
La suerte que al hijo tierno.
Tantos lances y desgracias,
Tantos fatales sucesos,
Todo el pais alarmaron,
Todo el suelo conmovieron.
Una general batida
Determinan con acierto,
Que dé fin á males tantos
Y tranquilice los pueblos.
Vanse pues, adelantando
Por las montañas y cerros,
Y llegan á la laguna
Sin tener humano encuentro.
Por la noche hacer un alto
Determinan, y al momento
Sobre la vasta llanura
Tienden los cansados cuerpos.
Sus centinelas colocan,
Para que estando en acecho
Cualquiera sorpresa eviten
Y en pié se pongan corriendo;
Pero al punto que al descansa
Poderse entregar creyeron,
Dejando el lago la fiera
Se arroja sobre ellos luego.
General es el alarma;
Suenan bocinas y cuernos,
Y la gente alborotada
Sacude al instante el sueño.
A embestir al enemigo
Se arrojan con noble aliento,
Y en efecto se adelantan

Hacia donde el ruido oyeron.
¡Pero cuál el susto ha sido
Cuando frente á frente puestos
De aquel espantable monstruo
Vieron su fatal aspecto!
Como aquellos orfaganos
De terror quedaron yertos,
Y las armas de la mano
Casi á todos les cayeron,
Corrió sobre ellos el monstruo,
Destrozando carnicero
A cuantos no prestó alas
La lijereza del miedo
Pero al instante que en salvo
De su furor se creyeron,
Recobrándose del susto,
Tuvieron todos consejo,
Y resolucion tomaron
De buscar todos los medios
De apoderarse del monstruo
Causa de tales sucesos.
A este fin determinaron
Matar diversos carneros,
Y de narcóticos jugos
Empapar su carne luego.
En seguida desde un monte
De pico elevado y tieso,
Desde donde la llanura
Descubrian sin esfuerzo,
Aquella carne arrojaron
Para que el monstruo perverso
Arrojándose sobre ella
Cogiese un profundo sueño.
Así al punto lo lograron,
Pues corriendo por su seno
El narcótico licor,
Cayó dormido al momento.
Entonces con fuertes lazos
Ensartándole el cuello,
Piés y cola, le aseguran
Como si estuviese muerto.
Tal le creyeron sin duda;
Mas para cualquier suceso
Grillos en sus manos cargan
Y encadenan todo el cuerpo.
Al cabo de largas horas,
Sacudiendo el monstruo el sueño,
Al verse así aprisionado
Prorrumpe en bramido horrendo.
Romper pretende los lazos,
Mas son vanos sus esfuerzos;
Que al poder del hombre débil
Ceder debe, á su despecho.
Así á sus pueblos llegaron
Cantando en grande contento,
Y el monstruo con alaridos
Acompañaba el festejo.
Por una cuantiosa suma
Lo ha comprado un europeo,
Y con él se vino á Europa,
Ganar mucho mas creyendo.
En Malta desembarcó;
Desde allí fué al pais griego,
Y luego á Constantinopla,
Toda la Tracia siguiendo.
Allí empezó á no querer
Admitir los alimentos,
Tanto que á pocas semanas
Murió rabiando y rugiendo.
Este fin tuvo la arpia,
Monstruo de natura horrendo:
¡Ojalá todos los monstruos
Se murieran en naciendo!
Y el que abriga un corazon
Feroz y cruel en el pecho,
Que antes de nacer espire
Se ha de rogar á los cielos.

(La Arpia americana, Pliego suelto.)